

La payasada de San Sebastián

PELLO SALABURU

Todos tienen que tener la sensación de ganar, eso es lo que nos dicen los entendidos. Pueden empezar preguntando a quienes han perdido hermanos, hijos, hijas o padres, porque hay de todo. Pregunten por sus sensaciones

Bueno, pues ya parece que están los mediadores internacionales entre nosotros. Esto se acaba, solo falta el certificado. La verdad, al igual que aquel portugués admirábase de que todos los franceses supiesen hablar francés, también yo me admiro de la facilidad con la que nos dejamos enredar en los tiempos, los modos y los temas que interesan a la izquierda abertzale. Llevamos décadas bailando al son de su música, y seguimos erre que erre en ello.

Vienen los mediadores dispuestos a aportar su granito de arena, sin percatarse de que esto está lleno de playas. Algunos de ellos conocen bien el percal, otros tendrían dificultades para colocar Euskadi en el mapa y no faltan quienes están dispuestos a lo que sea con tal de que su foto ocupe una primera plana. Y todos ellos emulando a Baltasar Gracián, por lo que dicen las informaciones, medidas también con cuentagotas y al ritmo que quieren marcar los organizadores, para que esta payasada pueda estar el tiempo máximo posible en los telediarios. Intervenciones de tres minutos, con un fin claro: todos los protagonistas del final tienen que tener la sensación de haber ganado.

Es asombroso, porque esto ocurre justamente cuando ETA está derrotada por la acción judicial y policial. Justo cuando ha perdido y está acabada, justo cuando la izquierda radical ha ido relegando sus reivindicaciones históricas y, mediante quiebros malabares, se está convirtiendo en un partido acomodado y burgués como el resto, lleno de impurezas. Es entonces cuando se nos ocurre aplaudir la organización de una conferencia que va a ser el aire que necesitan para seguir cosechando votos. Hasta algunos dirigentes del PNV se han dejado arrastrar, sin darse cuenta que pierden réditos cada vez que entran en dinámicas ajenas. Ahora, que la partida está como está, nos da miedo aceptar lo evidente. ¿Es que no nos damos cuenta que están derrotados?

Todos tienen que tener la sensación de ganar, eso es lo que nos dicen los entendidos. Pueden empezar preguntando, por ejemplo, a quienes han perdido hermanos, hijos, hijas o padres, porque hay de todo. Sigán con quienes dejaron brazos, piernas y otros órganos. A continuación, pregunten a quienes vieron quemadas sus casas, coches o negocios, o a quienes pasaron muchas horas de miedo. Tienen donde hacer encuestas. Y pregúntenles por lo que van a ganar cuando echemos la persiana. Pregunten por sus sensaciones.

Indaguen, después, dónde está el conflicto. Dónde lo ven. Dónde está la guerra inexistente,

y sacúdanse los fantasmas. Es verdad que hay aquí conflictos, como en todas partes. Es cierto que, a mi entender, el engarce de esta sociedad con España no está bien resuelto todavía, pero cuando los mediadores y quienes les llaman hablan del conflicto vasco hablan de otra cosa. Pues bien: ese otro conflicto ya no existe. Está acabado. A diferencia de otros que seguían enquistados y en tablas cuando ustedes actuaron, la situación es diferente en este otro. Ya no existe: la policía acabó con él. ¿Hay que explicar una cosa tan clara como esta? ¿Nos da pudor que se haya acabado así?

Y a continuación, si todavía les quedan ganas, pregúntense, harán bien, sobre los límites éticos que no se pueden traspasar nunca antes de cerrar carpetas. Pregúntense si hay algo que diferencia a víctimas y a verdugos. Y si la respuesta es afirmativa, hagan un pequeño ejercicio y escriban la respuesta razonada en un papel para que la puedan leer con detenimiento. Seguro que les va a ilustrar. Y si siguen leyendo lo que han escrito, pregúntense si eso que acaban de escribir debe tener alguna consecuencia.

Los mediadores apoyan la cantinela esa de que algunos han dado pasos y ahora toca a otros. Y así, a ver... con un empujoncito... a ver si vamos limando asperezas. Porque, y me temo que este es el quid de la cuestión, aceptar la cruda realidad puede equivaler a que parte de la sociedad vasca se sienta demasiado humillada. Y eso no es bueno. ¿Qué quieren que les diga? Yo, que soy una persona de pensamiento simple y de ideales con cierto grado de impureza, también lo pienso así. No es bueno que nadie se regodee

en hacer publicidad de lo que es la realidad: su derrota. Pero aun siendo eso así, la humillación no se puede evitar a costa de olvidar unos valores éticos mínimos que deben regir nuestro comportamiento. Porque la historia dice que la maldad no está repartida, sino que está en un lado: unos han matado y otros han muerto; unos han amenazado y otros han sufrido esa amenaza; unos han pretendido imponer sus ideas a la fuerza; solo unos han causado un daño inmenso. Lo siento: no se puede partir de cero, ni se deben cerrar en falso las heridas. Es verdad que los más listos de entre ellos, los que vieron la derrota a tiempo, se movieron y tuvieron que convencer a los más torpes de que cuando llueve lo probable es que te mojes si no llevas paraguas. Entonces abrieron el paraguas, pensando que daban un gran paso y por eso piden a otros que se muevan. Pero siguen en el mismo sitio: quizás los mediadores se lo deberían hacer saber. Contribuirían con eficacia a acabar con esto de una vez.



:: JOSE IBARROLA